

MANIFIESTO

En tiempo de pandemias globales: disciplinamiento, control y colonialismo

Michel Foucault, cuando da inicio al capítulo sobre el panoptismo, refiere a las medidas que se adoptaban a fines del siglo XVIII ante una declaración de peste en una ciudad francesa. Si bien hay algunas diferencias con los protocolos adoptados en la actualidad ante la pandemia del Covid-19, en muchos aspectos se replican las estrategias disciplinarias de aquella época. La disciplina como el conjunto de prácticas de dominación que exige encierro y produce cuerpos sometidos y sumisos, a través de un registro normalizador que clasifica, califica y castiga.¹

Por otra parte, la abrumadora cantidad de cámaras de seguridad que están instaladas hoy en día en la mayoría de las grandes –y no tan grandes– metrópolis de Occidente y Oriente –como adelantara en 1949 George Orwell en su novela *1984*, sucesora de la menos conocida *Nosotros* (1921) de Yevgeni Zamiatin– no dista demasiado de los mecanismos que Jeremy Bentham ideó un par de siglos atrás para su famoso panóptico. Medios, aquel y este, por los que se determinan las relaciones del poder con la existencia cotidiana de los seres humanos; un poder cuyo efecto no se manifiesta solo de una forma coactiva, sino también por medio de acciones muy sutiles. Es que en el presente, como señalara Gilles Deleuze, en las sociedades de control la tecnología organiza “cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. [...] Los individuos han devenido «dividuales» y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o «bancos»” (281).² Una sociedad de control que, a mi juicio, no sustituye a la disciplinaria –como sostiene Deleuze–, sino que convive una con la otra en medio de pactos de paz que asumen y que desarticulan.

1. Foucault en *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2002).

2. Deleuze en “Post-scriptum sobre las sociedades de control” (*Conversaciones 1972-1990*. Pre-Textos, Valencia, 2014).

Del mismo modo, los latinoamericanos estamos padeciendo otro tipo de “pandemia”. En la actualidad habitamos un constructo multicultural, pero que oculta un montaje totalizador y universalizante.

Aníbal Quijano plantea que los procesos de independencia de los estados latinoamericanos no significó un camino hacia el impulso de Estados-nación modernos, sino un reajuste de la colonialidad del poder; desde esta perspectiva, la globalización es el remate de un proceso que se inició con la conformación de América y la del “capitalismo colonial-moderno y eurocentrado” (201) como un modelo inédito de dominio mundial.³ Antonio Cornejo-Polar advierte sobre “el excesivo desnivel de la producción crítica en inglés que parece –bajo viejos modelos industriales– tomar como materia prima la literatura hispanoamericana y devolverla en artefactos críticos sofisticados” (343);⁴ artefactos que, al poseer cierta aureola cargada de persuasión y supuesta supremacía por provenir de zonas centrales, son tomados muchas veces como lectura obligada y cardinal. Y Nelly Richard refiere al modo en que la globalización ha fragmentado los rasgos identitarios nacionales y continentales, y a la forma en que ha distorsionado la producción de saberes y teorías bajo una hegemonía transnacional de universidades “que administra recursos para la circulación de las ideas a la vez que programa las agendas de debate intelectual. Los territorios de lo universitario y de lo académico son uno de los sitios marcados por las divisiones entre lo global (las dinámicas expansivas del neocapitalismo que afectan también a las instituciones del saber) y lo local” (456-57).⁵ Voces de alerta, entre muchas otras, que generan la necesidad de fortificar un espacio de debate –crítico y metacrítico– en América Latina.

Desde otro ámbito, también Edward Said llama la atención sobre determinados vínculos de afiliación que ponen en juego jerarquías que muchas veces parecen inamovibles y que, en el marco de los estudios académicos, provocan un número mayor de exclusiones que de inclusiones. Esto se refleja con nitidez y saturación a través del imperio, fundamentalmente, de la literatura, historia, filosofía, sociología, psicología... europea. En este sentido, Said aboga por un ejercicio crítico secular que se oponga a “toda forma de tiranía, dominación y abuso” (47).⁶

3. Quijano en “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” (*La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander. CLACSO, Buenos Aires, 2000).

4. Cornejo-Polar en “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes” (*Revista Iberoamericana*. n° 180, Pittsburgh, Julio-set. 1997).

5. Richard en “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana” (*Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Daniel Mato. CLACSO, Buenos Aires, 2005).

6. Said en *El mundo, el texto y el crítico* (Penguin Random House, Barcelona, 2016).

Se trata de visibilizar la iridiscencia de voces sumergidas, aunque sin desconocer la presencia de otros relatos. En otras palabras, el establecimiento de flujos que den lugar, en términos de Enrique Dussel, a un pluriverso transmoderno.⁷

No solo, entonces, nos amenaza la pandemia que nos ha afectado en los últimos meses en cuanto a lo sanitario, económico y sociocultural –independientemente de las teorías conspirativas que han circulado por las redes sociales y que los grandes medios de comunicación han ignorado casi por completo–; sino también otras “pandemias” que se manifiestan con sutileza, como si desde “siempre” hubiesen estado entre nosotros, y que inciden por igual –o más– que aquella sobre nuestras subjetividades.

A poco menos de cinco años del número inaugural de *Tenso Diagonal*, y cuando nos encaminamos hacia su décima edición, parece relevante insistir y ahondar sobre el concepto de frontera –identificadora del perfil de la revista.

Hoy tiene más sentido que nunca el hablar de fronteras –culturales, sociales, lingüísticas, ideológicas, artísticas, políticas, económicas–. La globalización, por medio fundamentalmente de los avances tecnológicos de los medios de comunicación, muestra sus ropajes de libertad, progreso e igualdad; su seductor ajuar provoca automatismo, superficialidad, consumismo, irreflexión. Pero, en su globalidad –como todo aquello tan monstruosamente gigantesco que no se distingue, o no se quiere percibir y comprender– fulgura y retumba su vocación colonialista y estandarizadora que despliega renovados modelos de hegemonía; esa que desfigura identidades, tradiciones.

Las fronteras contribuyen a definir la identidad; a proteger lo diferente; a deslindar lo individual de lo general, el interior de lo extrínseco, lo uno de la otredad, el yo del tú. También, las fronteras invitan a ser derrumbadas, infringidas, movidas, fragmentadas; por consiguiente, precisan, demandan, zonas de autonomía y de control, de aquiescencia y de prohibición, de tregua y de combate; están para ser custodiadas y obliteradas, vencidas y francas. Del mismo modo, representan un territorio cargado de hibridez, fusión, extimidad, entropía, laberinto. Si todo fuera homogéneo, equilibrado, brillante, global, no habría rasgaduras, opacidades ni grietas que descubrir, interpelar, indagar.

Por todo esto, las fronteras son imprescindibles. Resultan cardinales para la conformación, como propone Walter Mignolo, de un “paradigma otro” a través de un “pensamiento fronterizo” que “surge del diferencial colonial de poder y contra él se erige. [...]”

7. Dussel en *Filosofías del Sur. Descolonización y transmodernidad* (Akal, México, 2017).

El pensamiento fronterizo es uno de los caminos posibles al cosmopolitismo crítico y a una utopística que nos ayuda a construir un mundo donde quepan muchos mundos. [...] trabaja por la restitución de la diferencia colonial (unidireccional, al igual que la globalización actualmente) que la traducción colonial trató de naturalizar como orden universal” (58, 61).⁸

Un “paradigma otro” como alternativa a la globalización impulsada por los centros hegemónicos de poder que se instituye como un régimen más de exclusión y subalternidad. Un “otro” que palpita, tiene presencia y voz. El devenir de una actitud ético-política expansiva hacia lo diferente, lo diverso y lo desigual.

La reacción que desencadena lo tenso a través de una rajadura diagonal.

Claudio Paolini.

8. Mignolo en *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Akal, Madrid, 2013).